

# El llanto de las palomas

Carlos Puerto



Algar Joven

Dos generaciones unidas por trece rosas

1  
EL OSCURO COLOR  
DE LA TIERRA EMPAPADA

Cárcel de mujeres de Ventas  
Madrid, 5 de agosto de 1939

Manuela Expósito se acurrucó en un rincón del camión que la iba a conducir al cementerio. Le hubiera gustado poder arrojarse con una manta, por sucia y agujereada que fuera, ya que, para ella, el amanecer de aquel cálido día de verano madrileño resultaba el más frío de su vida.

Sentía una tristeza infinita, un dolor que le llegaba muy dentro, el desasosiego de respirar a intervalos, mientras el corazón se le estrujaba como si fuera un trozo de papel arrugado, tal vez mojado por las lágrimas que no acababan de brotar, de convertirse en un verdadero llanto.

—Venga, arriba, ¡deprisita! —dijo una voz cascada sin duda por el hábito de fumar ya desde muy de mañana picadura de tabaco mezclado con peladuras de patatas—. ¡Venga, que no tenemos todo el día!

Manuela, desde los ojos de los dieciocho años que cumpliría unos meses después, supo que, realmente, el hombre uniformado que hablaba con malos modales le estaba diciendo la más cruda verdad: que ella no tendría más pedazo de día que esos momentos en los que aún no había comenzado ni siquiera a clarear.

Desde el rincón donde permanecía encogida, los brazos cruzados sobre las rodillas a modo de abrigo, podía ver la pared de ladrillos rojos de la prisión donde habían pasado varios meses, aunque todavía seguía sin saber exactamente bien por qué.

—Cógeme la mano —le dijo Virtudes, una compañera de celda más o menos de su edad, esbozando una sonrisa que pretendía ser de confianza.

Manuela Expósito, que jamás había sabido lo que era una madre ni una hermana, opinó que por la mano de su amiga apenas circulaba sangre caliente, pero, aún así, se aferró a ella porque necesitaba sentir el contacto de un ser humano.

—¿Por qué? —preguntó en un débil susurro Manuela, tal vez sin esperar una respuesta a su súplica. «¿Por qué a mí? ¿Por qué precisamente a mí? ¿Qué he hecho de malo para que me condenen de esta forma brutal?» Su pensamiento era tan intenso que éste casi pudo escucharse en el camión al que iban subiendo una tras otra varias chicas como ella.

No hubo palabras, sólo el apretón de aquellos dedos amigos.

–Una, dos, tres, cuatro... –comenzó a contar el hombre armado, hasta rematar su verificación– doce, trece y catorce. ¡Están todas! –afirmó en un tono de voz más elevado, como para avisar al conductor del vehículo de que ya podía ponerlo en marcha. Pero, para que no cupiera duda, dio un par de golpes con la palma de la mano en uno de los laterales del camión, golpes que resonaron como pequeños petardos al amanecer.

El motor ronroneó con cierto estrépito, acentuado por el silencio de aquellas primeras horas de un día de agosto, apenas cuatro meses después de que se hubiera declarado la paz.

En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

Burgos, uno de abril de 1939

Año de la Victoria

EL GENERALÍSIMO FRANCO

Manuela sintió que aquello era mentira porque si de verdad hubiera llegado la paz ella no estaría allí. Ninguna de aquellas catorce muchachas iría en aquel camión camino al cementerio del Este.

Cerró los ojos, pero sólo un instante porque sabía que no podía perderse las últimas imágenes que necesitaba como compañeras en su desconocido viaje.

Paredes rojas de ladrillo que alternaban con otras encaladas sólo abiertas por unos grandes ventanales que

comunicaban con el interior, donde, a lo largo de sus seis galerías, se amontonaban más de 4.000 reclusas en el espacio destinado a unas 450.

Marqués de Mondéjar número 37, esquina con la calle Nueva del Este.

Allí la habían conducido desde los calabozos de la Dirección de Policía Urbana de Jorge Juan número 5, donde mandaba como quería el temible comisario Fontenla.

Sólo de pensar en ese nombre, Manuela se estremeció. Sintió la necesidad de pasarse las manos por su cabeza rapada, buscando con la punta de los dedos las cejas que allí le quitaron, en un deseo cruel de arrebatarse su feminidad.

No había protestado. Hacerlo podría haber sido aún peor.

Se decía de aquel comisario que solía detener sin motivo legal a las mujeres que acababan de dar a luz sólo por el gusto morboso de ver sus pechos mientras amamantaban.

Se decía de él que si les cortaba el pelo a las que acababan de ser detenidas era porque, como alguien le había oído gritar en más de una ocasión, «estaba asqueado del valor de las mujeres rojas de Madrid».

Se decía que a una chica, que había pretendido protegerse de su brutalidad, le había respondido con una sonrisa despectiva: «No te me pongas tonta, porque si a mí me da la gana, cuando quiera te saco de aquí, te llevo a mi casa y luego decido si regresas o no».

Se comentaba que todo lo que se decía de él no eran habladurías sino la pura y triste verdad.

Manuela, con la poca fuerza que le quedaba, apretó la mano de su amiga Virtudes, modista como ella, que había aprendido corte y confección en el centro cultural madrileño Aida Lafuente de la Juventudes Socialistas Unificadas, y con una mirada perdida recorrió el rostro de las que habían de acompañarla hasta el final: Martina, Carmen, Blanca, Julia, Pilar, Elena, Ana, Adelina, Dionisia, Joaquina, Victoria, Luisa...

Sabía que todas ellas se habían agrupado en el patio el pasado día 8 de junio, cuando la directora de la prisión, la odiada Carmen Castro, las había obligado a asistir a la procesión del Corpus, que transcurrió por el patio hasta la capilla. Soldados armados rindiendo honores a un cura bajo palio rodeado y seguido por mujeres vestidas con negras mantillas.

El camión cogió un bache y todas sus ocupantes se golpearon unas con otras. La cabeza de Manuela dio contra la madera para, instantes después, caer rendida sobre uno de los hombros de Virtudes.

Se sorprendió al oír cómo la muchacha canturreaba algo. Era cierto que se encontraban en edad de cantar y bailar, de hacer bromas y de enamorarse, pero aquel no era un viaje hacia la alegría.

Virtudes ponía una suave melodía a un poemilla que parecía recitar para ella, sólo para ella, susurrán-doselo al oído, como lo haría una madre con una niña a punto de dormir:

No salgas paloma al campo  
mira que soy cazador  
y si te tiro y te mato  
para mí será el quebranto  
para mí será el dolor.

Luego, acarició su cabeza pelona («pelonas», así llamaban en la cárcel a las que habían pasado por las manos del comisario Fontenla) y sonrió.

Manuela ya no pudo más y rompió a llorar.

—Aguanta —oyó que le decía su amiga—. Trágate las lágrimas. No les des el gusto de verte sufrir.

Manuela pensó que le daba lo mismo que la vieran o no sufrir. Apenas clareaba y nadie la estaba esperando. Pero intentó hacerle caso a su amiga y apretó los dientes.

Tal vez para olvidar el ronroneo del motor del camión, sus constantes golpeteos por los baches, el olor a sudor y miedo, los fuertes latidos de su corazón, Manuela intentó reproducir en su cabeza las palabras de la cancioncilla de Virtudes.

No salgas paloma al campo...

Fue peor. La libertad rota, los últimos momentos.

—¡Abajo! ¡Todas abajo! ¡Y sin hacer ruido, no vayáis a despertar a alguien! —bromeó uno de los hombres armados señalando las tumbas.

Otro le hizo un gesto de que se callara, un gesto de desprecio por aquellas palabras de tan mal gusto.

A partir de ese momento, no se oyó nada más. El camión arrancó, regresando a su origen, y en el cementerio del Este todo fue silencio. Incluso los pasos que se dirigían a la tapia en la que se podían ver los desconchones de anteriores disparos parecían amortiguados por la soledad que cada una de las detenidas llevaba en esos momentos en su corazón.

Las colocaron en fila, una contra otra, muy juntas. Virtudes apretó su mano, pero Manuela no tenía fuerzas ni para corresponderla. Con diecisiete años había creído que le quedaba aún mucho por vivir, el Madrid del otro lado del muro, España entera, el mundo libre. Y, sin embargo, algo estaba a punto de convertirlo en un sueño normal imposible... ¿Por qué a ella, por qué a ellas?

Manuela no pudo mirar al frente y sus ojos se clavaron en la oscuridad de la tierra que tenía a sus pies.

«Es demasiado oscura para ser arena», se dijo. Pero cuando descubrió la causa, tembló. Se trataba de tierra ensombrecida por la sangre de anteriores ejecuciones.

No escuchó el sonido de los soldados al cargar sus fusiles, al ponerse firmes, quizá deseando cada uno de ellos, o tal vez al contrario, que les hubiera tocado la bala falsa que, según decían, se entregaba entre las auténticas a todo pelotón de fusilamiento.

—¡Apunten!

No fue una orden marcial, simplemente el cumplimiento de lo que no hacía mucho el Caudillo había firmado con un simple «enterado». Enterado de que los gatillos tenían que ser apretados sin piedad.

...mira que soy cazador...

Manuela sintió que la vista se le nublaba, que su interior iba en busca de una imagen que necesitaba en aquellos momentos. Pero en lugar de ver el rostro del chico al que quería, en el siroco de su cabeza apareció una bandada de palomas aturdidas que luchaban por salir de dentro, volar, volar hacia la libertad, volar.

Y su cuerpo se convirtió en plomo dentro de una nube de algodón. Hasta aquel nuevo y desconcertante laberinto llegó el estruendo de los catorce fusiles recién disparados.

Luego, nada más.

Manuela no sintió cómo su cuerpo se humedecía de sangre, de la herida mortal de la compañera fusilada a su lado, o de la tierra empapada, o tal vez de su propia sangre.

Eran las cinco de la madrugada del 5 de agosto de 1939. Muy lentamente, como si le avergonzara decirse a ver aquello, iba amaneciendo en Madrid.